

Relatos y retratos de un río mudo

El Magdalena. Voces de un río mundo

MARÍA SOLEDAD REYNA (edición)
Letrarte Editores, Bogotá, 2015,
284 pp., il.

DESDE SU nacimiento en el páramo de las Papas, entre el Cauca y el Huila, hasta su desembocadura en Bocas de Ceniza, en el Atlántico, el río Magdalena recorre 1.540 kilómetros del territorio nacional y atraviesa once departamentos de Colombia. De ahí que, si bien no es el río más largo ni el más caudaloso que pasa por este país, se le considere como la arteria fluvial más importante ya que recorre una buena parte de su territorio: nace en el sur de Colombia, pasa por el centro del país y desemboca en el norte. Su importancia como vía de transporte de personas y mercancías ha sido grande desde la Colonia hasta nuestros días, y esto ha dejado una huella profunda en el folclor y la formación cultural de nuestro país. En sus riberas se difundieron leyendas como las de la Llorona y el Mohán; compositores como Jorge Villamil o José Barros les cantaron al río y al paisaje que recorre; escritores nacionales como José María Samper o José Eustasio Rivera, o exploradores foráneos del siglo XIX como Alexander von Humboldt o Charles Saffray, lo retrataron mostrando la fauna, la flora y los habitantes de sus riberas.

Financiado tanto por empresas privadas como por instituciones gubernamentales como el Inviás o el Ministerio de Transporte, *El Magdalena. Voces de un río mundo* es un libro que realiza una travesía a lo largo del río, desde su nacimiento hasta su desembocadura. Este recorrido fue llevado a cabo entre los años 2014 y 2015, cuando seis expedicionarios conocieron, en once etapas diferentes, el trayecto del Magdalena. Así, en los primeros relatos, los expedicionarios hacen una descripción del nacimiento del Magdalena y su paso por el departamento del Huila, donde el río todavía no es navegable. Siguen luego por el Tolima y Cundinamarca hasta Honda, cuando ya comienza a ser posible la navegación. Llegan a la zona conocida como

el Magdalena Medio, en la cual pasan por departamentos como Boyacá, Caldas, Antioquia, Santander, Bolívar y Cesar. Y a partir de la Depresión Momposina, en el Bajo Magdalena, recorren los diferentes brazos en los cuales se divide el río, entre ellos sus dos desembocaduras diferentes, en Cartagena y en Bocas de Ceniza, en Barranquilla.

A través de los diferentes recorridos que realizan los expedicionarios, tenemos una descripción de la variada geografía que transita el Magdalena y de los múltiples paisajes en torno a este afluente. Vamos desde el páramo y la alta cordillera, pasando por desiertos, ciénagas y ciudades, hasta poblaciones con gran riqueza histórica como Honda o Mompo, y así llegamos a puertos marítimos como Barranquilla y Cartagena. Estas descripciones dan una idea de la gran variedad animal, vegetal y climática por la que atraviesa el río, pero también van acompañadas de una serie de fotografías que ilustran de mejor manera aquello que el relato esboza. Pero recorrer el Magdalena no es simplemente contemplar su paisaje; es además entrar en contacto con las personas que viven y trabajan en sus alrededores, para conocer sus modos de subsistencia y sus estilos de vida. Así, tanto en los relatos como en las fotografías, tenemos descripciones de los diferentes pobladores de estos ríos: campesinos, pescadores, areneros que trabajan en sus orillas, artesanos y navegantes de canoas, ferris, chalupas y las diferentes embarcaciones que por allí transitan. De esta forma, navegar por el Magdalena es también conocer esa mezcla racial indígena, negra y de origen europeo que conforma nuestro país.

En cuanto pertenecientes al género de relato de viajes y expediciones, es interesante contrastar los textos de *El Magdalena* con los escritos de otros viajeros que atravesaron estos mismos lugares anteriormente. En su relato sobre el trayecto del río que va de Honda a Cartagena, José María Samper retrata un lugar en el que la huella de la civilización no es suficientemente clara: esto se hace evidente en las costumbres de los negros y bogas que navegan el río y habitan sus alrededores. Para este escritor colombiano del siglo XIX, la esperanza era que el

progreso trajera consigo un cambio en esas costumbres que aproximara a los habitantes de estos lugares a un estilo de vida con mayor influencia europea. Más de un siglo después, los relatos de los expedicionarios en *El Magdalena* muestran que la irremediable pérdida de las costumbres ancestrales se da en una forma poco armónica. Los pescadores han dejado de lado sus prácticas porque el número de peces en el río ha disminuido, producto de las sequías, la ganadería que consume la ciénaga y la contaminación. El saber de los artesanos y sus leyendas, igualmente, corren el riesgo de perderse porque las nuevas generaciones prefieren vivir en las ciudades y trabajar en actividades industriales, que quedarse a orillas del Magdalena representando personajes anacrónicos como el Hombre Caimán.

El trasfondo de *El Magdalena. Voces de un río mundo*, aquello a lo que en gran parte debe su origen, es un proyecto del gobierno que busca recuperar la navegabilidad de este afluente desde Honda hasta los puertos de Barranquilla y Cartagena. Este proyecto, sin embargo, es demasiado incierto: “Sus pobladores nos preguntan qué hay de cierto sobre la recuperación de la navegabilidad del río; no podemos responderles con certeza, nadie lo tiene claro” (p. 208). Si hay algo constante en el Magdalena, es la incertidumbre en la que viven sus habitantes. Poblaciones como Honda, Ambalema, Puerto Berrío o Mompo dan cuenta, mediante aquel esplendor que adquiere tintes de ruina, del desarrollo y declive que han sufrido estos lugares desde la Colonia hasta nuestros días. Las antiguas casonas coloniales, hoy bastante deterioradas, los rieles de tren oxidados y las antiguas bodegas, ahora vacías, muestran que no han sido pocos los proyectos del gobierno y la empresa privada para desarrollar el comercio y la industria a lo largo del río. Sin embargo, todos estos planes han fracasado a causa de la indolencia del gobierno central y los empresarios, de la mentalidad a corto plazo con la que toman sus decisiones.

Si bien los relatos y las fotografías incluidos en este libro pertenecen a autores diferentes, no por ello la obra carece de unidad. Más allá de compartir un mismo tema, el río Magdalena, nos muestran las dificultades por las

que atraviesan las zonas aledañas al río, pero también sus retos y desarrollos. Igualmente, esta unidad viene dada por el hecho de que los autores de los relatos y de las fotografías hicieron personalmente los recorridos descritos en el libro. De esta manera, algunas de las personas o los lugares específicos visitados por los autores, que pueden llegar a conectarse con anécdotas particulares de estos viajeros, aparecen retratados tanto en los relatos como en las fotografías a todo color que los acompañan.

Por la variedad climática a su paso, por los diferentes oficios que se desarrollan en su recorrido, por las diferentes etnias y culturas que se encuentran en sus riberas, el Magdalena es realmente un río *mundo*. De esto dan cuenta los relatos y las fotografías que se encuentran en estas páginas, los cuales describen y retratan la diversidad natural y cultural que se desarrolla en su constante fluir. Pero lo que este libro también muestra es que el Magdalena es un río *mudo*, cuya historia y porvenir son en gran parte ignorados por los colombianos y cuya suerte es determinada por el vaivén de diferentes políticas que no han logrado darles una posibilidad continua de desarrollo a las diferentes regiones por las que pasa este afluente. Escuchar al Magdalena, por lo tanto, es conocer nuestra propia historia; pero también es conocer las amenazas políticas, económicas y ambientales que lo acosan. Los relatos e imágenes de este libro pueden ser un primer acercamiento a tal realidad, pero deben ser igualmente una invitación a que conozcamos por nosotros mismos el Magdalena, a que dejemos de ignorar al río y a las personas que viven en torno y de él.

Cristian Soler